

El Shah contra el pueblo del pecho desnudo

EDUARDO HARO TECLEN

LA plaza Djaleh, de Teherán, puede ya inscribir su nombre junto al de la plaza de las Tres Culturas, de México. El viernes, los soldados del Shah mataron en ella quizá a 250 personas. Puede unir su nombre a la letanía que entonaba Rosa Luxemburgo: los tejedores de seda de Lyon, en 1831, el movimiento de los cartistas en Inglaterra, el movimiento del proletariado de París en 1848, la terrible derrota de la Comuna de París con las matanzas en el "mur des fusillés". (Fue su último escrito; unos días después la asesinaron, en la matanza de espartaquistas en Berlín, enero de 1919.)

"Esto no es un combate, es una matanza", escribe un testigo presencial, el periodista francés Yves-Guy Bergès ("Le Figaro", derechas). Los cañones, a cero, disparan directamente a los pechos descubiertos de la multitud desarmada: como los cañones del general Ufki en Casablanca, en 1963, contra los estudiantes de Bachillerato, como los aviones de bombardeo de Somoza en la ciudad de Matagalpa, hace unos días. "Más que nunca la plaza Djaleh merece el nombre que los habitantes del barrio le han dado ya: plaza de los Mártires. Pero este asesinato de las esperanzas está cargado de amenazas. Aquí, la sangre llama a la sangre", escribe Bergès. Claro: el sábado, el domingo, la sangre ha continuado. Y con sangre empieza la semana. Esta semana en la que el Shah tenía que ir a Rumanía y a la República Democrática Alemana, para continuar tejiendo, con las potencias comunistas, la excelente red de apoyos internacionales de que goza. Ha suspendido el viaje. Ha suspendido el Gobierno, que apenas tiene trece días de duración, y las "medidas liberalizadoras" con las que este Gobierno quería zanjar la situación de ocho meses de tensiones. Ha implantado la ley marcial.

¿Son sus últimos momentos? No está claro. Nadie, en el mundo, quiere que desaparezca el Shah. Carter, dicen, preparaba una solución de recambio; quizá pueda precipitarla ahora, quizá tenga que

aplazarla. En realidad, lo que está sucediendo en el Irán, y lo que está sucediendo en Nicaragua, y en Chile donde el régimen se recrudece y procede en estos días a una nueva represión, da la razón a la doctrina heredada de Kennedy: las tiranías son más peligrosas para la estabilidad de Occidente que las democracias controladas. Las tiranías terminan en revolución, que no es más que el estallido de quienes prefieren el riesgo de una

plaza de petróleo del mundo. Y el segundo de gas natural. Y produce cromo, carbón, cobre, hierro. El Shah lo administra en favor de Occidente: y con su riqueza, mantiene los precios como le conviene a Estados Unidos. El Pentágono cree en el Shah: tiene un Ejército formidable y bien armado, en las fronteras de la URSS; y en las del Irak, y en las proximidades de Arabia Saudita y de los países petroleros del golfo Pérsico. Un Ejér-

mitarios de los Estados Unidos. Naturalmente, el Pentágono no quiere renunciar a esa seguridad. El recambio en el que pensaba Carter era el del primer ministro —de otros tiempos— Amíní, el de algunos militares liberales. El de una Constitución y unas elecciones. Pero, en estos apuros, el embajador de Estados Unidos ha corrido el mismo viernes a visitar al Shah para ofrecerle el sentimiento de condolencia de Carter y su oferta de ayuda: "No se cambia de caballos en medio de la corriente". ¿Quién no apoya al Shah del Irán? China acaba de hacerlo firmemente, con la visita de Hua; Arabia Saudita le ofrece toda su colaboración, y hasta su comprensión religiosa frente a una sublevación que tiene un eje religioso; la URSS se calla prudentemente, y Rumanía y Alemania Democrática recibirán al Shah en cuanto puedan. La misma mañana de la matanza, habían llegado a Teherán en avión trescientos consejeros militares israelíes, especialistas en subversión, para ayudar a mantener el orden (según fuentes de la oposición).

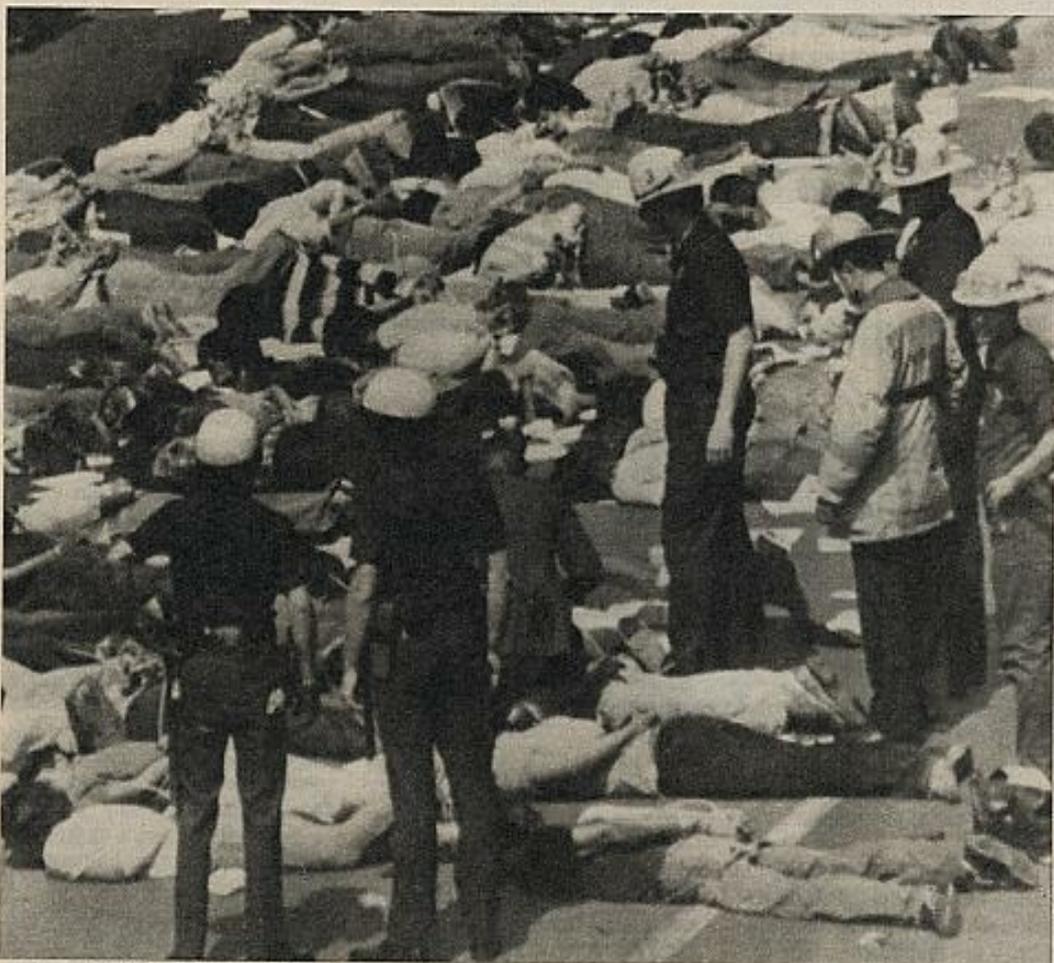
¿Quién apoya a los sublevados? Su propia miseria, su propia hambre, su propia humillación. Malas armas. Valían en otros tiempos, pero hoy los cañones y los blindados, y las ráfagas de ametralladora, y los aviones y los sistemas de comunicación tienen infinitamente más posibilidades que las masas desesperadas. Los comunicados oficiales siguen hablando de "un complot planificado y financiado por fuerzas exteriores". Más que una denuncia verdadera —que podrá convertirse en una denuncia concreta al Irak, o a Libia, si ello conviene a los intereses de las fuerzas exteriores reales que apoyan al Shah— es una forma de excluir que el verdadero pueblo iraní sea capaz de atentar contra su sagrado Emperador. Es una cantilena antigua: todo el mal viene de fuera. También se tergiversan los motivos de la manifestación. Por ejemplo, la versión de la Associated Press, que coincide con las de los grandes intereses militares e industriales conservadores de los Estados Unidos: "Los dirigen-



El Pentágono cree en el Shah: tiene un Ejército formidable, en las fronteras de la URSS. En la foto, con su nuevo primer ministro, Amíní.

muerte violenta a la continuación de la miseria moral y física que es una muerte lenta. Pero en Washington hay un "lobby" poderoso que defiende al Shah: como lo hay en favor de Somoza, en favor de Pinochet. Los medios de negocios tienen una confianza considerable en el Shah, y en su forma de administrar los trescientos millones de toneladas de petróleo que produce cada año: es el cuarto produc-

cito tan fiel que no ha vacilado en disparar contra las gentes que "abriendo sus camisas, han presentado el pecho desnudo a los cañones de los blindados" (Jean Gueyras, enviado especial de "Le Monde"), a pesar de los ingenuos y eternos gritos de "Soldados, no disparéis contra vuestros hermanos". Un Ejército tan fiel a los Estados Unidos que está encuadrado por 30.000 "consejeros"



La plaza Djaleh de Teherán puede ya inscribir su nombre junto a la mexicana de las Tres Culturas. En la foto superior, aspecto de la manifestación que acabó en matanza. Abajo: estudiantes iraníes se manifiestan en Los Angeles.

tes religiosos conservadores de la secta chíta, la facción religiosa mayoritaria en esta nación musulmana, ha dirigido un levantamiento gradualmente creciente contra los cambios en la estricta ley musulmana realizados por el Shah Mohammed Reza Pahlevi, gobernante del Irán. El programa del Shah incluía la distribución a los campesinos de las tierras propiedad del clero, dio a las mujeres el derecho

al voto y las permitía liberarse de sus velos y acudir a la Universidad...". ¿Quién no se sumaría a este Shah liberalizador y progresista, enfrentado con una minoría fanática? Sólo que no es así. La oposición religiosa de los chítas pide el regreso a la vieja Constitución por sufragio universal, a la monarquía constitucional y a la Asamblea Nacional. Y los oponentes no son sólo los chítas, sino

también todos los partidos políticos de la oposición, toda la izquierda, todo un pueblo al que no llegan las riquezas de la nación. Un sentimiento de clase oprimida, un sentimiento de nacionalismo —los gritos y las pancartas contra los americanos, algunas escritas en inglés, esgrimían este nacionalismo—, una abundancia de presos políticos y, en resumen, todas las víctimas de una antigua y cada

vez más cerrada tiranía formaban las filas de esta "conjura extranjera".

Lógicamente, ésta no puede ser ya una presa que pierdan los Estados Unidos y China en cuanto a su posición antisoviética; ni los países occidentales en cuanto a su petróleo, ni Arabia Saudita y Egipto, con Israel, en cuanto a su conflicto. Lógicamente, nadie puede ayudar ya a este pueblo del pecho desnudo. Carter tendrá que aplazar su solución de recambio. Pero no podrá abandonarla. Como el incidente de Nicaragua, la tenacidad de Pinochet o la arrogancia de Videla no podrán abandonar la política de saneamiento socialdemócrata en América Latina. En una gran acción conjunta, estos no son más que algunos de los obstáculos en el camino.

Pero quizá el pueblo del pecho desnudo haya ido ya demasiado lejos, y las detenciones que se están llevando a cabo todos estos días en Irán, como las que se están haciendo simultáneamente en Nicaragua y en Chile, no consigan detener ya una ola que ha movillizado en las calles de Teherán, según se dice, más de medio millón de personas. Quizá el horizonte sea una guerra civil, quizá la apertura de un frente de guerrillas. Quizá algunos militares rompan la disciplina y se zafen de los consejeros americanos y enfrenten al Shah con un cambio total de frente: incluso con el del exilio, camino nada infrecuente en la Historia para los Emperadores del Irán.

Huelga decir la importancia que tendría la apertura de este frente en un país clave para el petróleo, clave para Asia, fronterizo con la URSS y con un peso importante en la estrategia de Oriente Medio. Sería un acontecimiento mundial de primer orden, y quizá algo que pueda romper todo el equilibrio actual entre las grandes potencias.

La perspectiva de que el propio Shah ceda hay que tenerla en cuenta. Ceder, en este caso, sería buscar una solución constitucional, un apaciguamiento de los chítas, un regreso del "ataloyah" —jefe religioso— exiliado en el Irán. No parece, por los acontecimientos, que sea ese su camino, porque sin duda, el pensamiento del Shah y de sus consejeros, de dentro y de fuera, es el de que las circunstancias han deborado ya incluso a los moderados de entre los opositores, y que no le queda más camino que la sangre y el fuego. El camino que ha emprendido. Con todas las incógnitas que se presentan en el futuro para él, para su régimen y para la estabilidad internacional. ■